

—¿De veras no quereis á nadie?... ¿No habeis amado nunca?

Sus ojos permanecían clavados en los de Lorenzo, como buscando en ellos una respuesta, y en aquel momento casi puede decirse que estaba hermosa; de tal modo embellece el amor cuanto toca.

El retórico empezaba á perder su sangre fría; aquellas pupilas brillantes é inquisitivas, el húmedo calor de aquellas manos femeninas que oprimían las suyas, hasta el aroma de las flores de Abril, colocadas sobre la mesa-escritorio, todo contribuía á embriagarle. A su edad no necesita un muchacho que le escancien gran cantidad de este vino para trastornarle la cabeza; así es que los ojos de Lorenzo se atrevieron á contemplar las animadas mejillas, los entreabiertos labios y el agitado seno de Lucrecia.

—¡Contestadme con franqueza!—prosiguió con insistencia la joven.

—Pero—repuso él con voz algo ahogada y con una vaga sonrisa—¿por qué quereis saberlo?

—¿Por qué?... ¡porque os amo, Lorenzo!

Y ruborosa, avergonzada, sin darse cuenta de lo que hacía, no encontró Lucrecia mejor manera de ocultar su confusión que arrojarle al cuello de Lorenzo. Su cabeza se apoyó en el hombro del adolescente, y fuese casualidad, fuese premeditación, sintió éste de pronto en el cuello la impresión de los labios de la joven.

Aquella situación tendía á prolongarse, cuando se oyó en la escalera el ruido de unos pasos desiguales y claudicantes.

—¡Ah! ¡mi padre!—exclamó en voz baja la excesivamente tierna Lucrecia, abalanzándose á su pupitre y poniéndose de nuevo á escribir rápidamente.

Entrétanto Lorenzo, pálido y vacilante como si hubiera bebido, se arrodillaba para recoger el tomo de Eurípides, y por la lumbrera del desván, en medio del repentino silencio en que habían quedado ambos jóvenes, continuaba lanzando sus trinos melancólicos la flauta de Eustaquio Lapasque.

M. Dérónis entró por fin en la habitación, y encontró á Lucrecia y Lorenzo hipócritamente inclinados, la una sobre su pupitre, y el otro sobre su libro, cuyos caracteres griegos parecían removerse y replegarse, como un hormiguero de extraños insectos.

Lorenzo, que no se acomodaba muy bien á aquella hipocresía, se levantó pasados algunos minutos, y sin atreverse á mirar á Lucrecia, aprovechó el primer pretexto que halló á mano para retirarse.

V

Una vez en la calle, echó á andar con acelerado paso, como para alejar la extraña emoción que le dominaba. El furtivo beso de Lucrecia le había puesto calenturiento. Por más que hubiera caído de los

labios de una muchacha fea y que le era por completo indiferente, no dejaba de ser un beso amoroso, y mientras andaba, decía para sí con su poeta Teócrito:

«Que hasta en un simple beso hay goces inefables...»

Sentíase á la par avergonzado y gozoso de aquella primera caricia femenina, y cuando volvía á pensar en ello, experimentaba un ligero estremecimiento voluptuoso en todo su cuerpo.

Durante todo el día no dejó de sentir la impresión, á la vez cálida y fresca, de los labios de Lucrecia, y cuando consiguió dormirse, aquella misma sensación le persiguió en sueños; con la diferencia de que en el sueño, no era la boca de la señorita Dérónis la que acariciaba su cuello, sino los menudos y tímidos labios de Valentina.

El beso de Lucrecia produjo un efecto que seguramente no esperaba la pobre muchacha, cual fué el exacerbar el amor de Lorenzo á la linda pensionista del colegio Papillon. Desde aquella escabrosa siesta pasada en la escribanía de M. Dérónis, sentíase Lorenzo más animoso; aquella caricia de la señorita Dérónis había sido para él una especie de bautismo de virilidad. Había dejado de ser niño, puesto que había podido inspirar amor á una mujer, y este solo pensamiento le producía una audacia hasta entonces desconocida.

Hasta aquel día, su amor á Valentina había sido puro sueño platónico, y era llegado el momento de hacerle pasar de la fría región del idealismo á los dominios de la realidad. Lorenzo estaba dispuesto á atreverse, porque sentía dentro de sí un impulso indefinible, á declarar su amor á la que se le había inspirado.

Dos ó tres veces á lo sumo había visto á su adorada en la iglesia de San Antonio, cuando las colegialas desfilaban por debajo del órgano á la hora de la misa mayor; pero sabía ya su apellido: llamábase Valentina Maurín. Como no pensaba volver á la escribanía y, por consiguiente, se veía privado de la vista del jardín Papillon, resolvió tomar el desquite escribiendo á Valentina, y por espacio de una semana estuvo garrapateando borradores de carta, que rasgaba en seguida, comiéndose los pedazos, á fin de no dejar vestigios de su secreto. Por fin, á los ocho días de gestación, dió á luz una epístola que, á su juicio, le había salido admirable. En aquella declaración, á la vez sencilla y ardiente, empezaba por relatar á la mujercita de catorce años cómo la vió por primera vez y en qué ocasión había anidado el amor en su corazón, para no salir ya de él jamás; seguían líricas efusiones acerca de la dicha de amar y de comunicarse este mútuo sentimiento los amantes, y llegaba, por último, la inevitable interrogación: ¿Sería correspondido su amor? Si sus homenajes eran

desdeñados, sabría sufrir en silencio; en caso contrario, suplicaba á la «adorada Valentina» le contestase, indicándole los medios de que podría valerse para llegar á hablarla.

Una vez terminada aquella obra maestra, la copió en un lindo plieguecillo de papel verde mar, cerró el sobre con lacre perfumado que contenía polvillo de oro y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo.

No consistía todo en escribir, sino que era preciso buscar un medio para que llegase la carta á su destino; y en verdad que no era cosa de poco más ó menos penetrar en el interior del severo colegio Papillon. Después de calentarse largo rato la mollera, acabó Lorenzo por fijarse en esta ingeniosa idea: A la entrada del establecimiento, tenía su puesto al aire libre una vendedora de fruta, muy conocida de las colegialas y, que se llamaba la tía Tannier. ¡Cuántas veces, durante su infancia, había atisbado Lorenzo aquellas canastas llenas de cerezas, de ciruelas claudias ó de nísperos, según la estación, y cuántas veces también había gastado en el puesto de la frutera los céntimos que le daba su tía Sofía! No ignoraba que, merced á su modesto tráfico, entraba con frecuencia la vieja en el colegio para vender á las alumnas frutas y golosinas en las horas de recreo. Resolvió, pues, adjudicar á la tía Tannier el papel de Iris mensajera.

Por espacio de dos días estuvo rondando por los al-

rededores del puesto, mientras palpaba con agitaciones de corazón la carta que yacía en el bolsillo de su chaqueta; pero no se atrevía á hablar y se alejaba maldiciendo su genio pusilánime. Por fin, un sábado por la tarde, ya cerca del anochecer, se armó de todo su valor, acercóse á la frutera, y deslizando en su mano una moneda de cuarenta sueldos,—todo su capital,—la preguntó si quería encargarse de entregar una carta á «su prima,» que estaba como pensionista interna, en el establecimiento de las señoritas Papillon.

La señora Tannier formuló una sonrisa que hizo fruncir los pliegues todos de su arrugada piel y dejó completamente al descubierto sus mandíbulas. Empezó por oponer algunas dificultades más no por eso dejó de tomar el dinero, y por último, ofreció desempeñar su cometido.

—¿Me habeis entendido bien?—añadió Lorenzo con voz poco segura.—No entregueis la carta más que á la señorita Valentina, á ella en persona.

—Basta, pequeño—respondió la señora Tannier, torciendo el gesto.—Podeis dormir como un lirón y contar como cosa hecha vuestro encargo...

A pesar de estas seguridades, Lorenzo durmió muy mal aquella noche, y se despertó con un peso en la conciencia.

El siguiente día era domingo, día de asueto, y se le hizo insoportablemente largo. Ardía en impacien-

cia por saber si había sido entregada su carta, y sin embargo, la vergüenza le impedía volver al puesto de la frutera.

El lunes por la mañana, ansioso y calenturiento, asistió al colegio, pero no oyó ni comprendió nada de la explicación del profesor y se mantuvo durante todo el tiempo de clase en actitud inmóvil, que no parecía sino que dormía con los ojos abiertos. Cuando volvió para asistir á la clase de la tarde, le pareció que, al cruzar el pórtico, le miraban algunos alumnos con irónica expresión y alarmantes ademanes. Acercóse, por fin, á él, uno de sus condiscípulos, en el momento que atravesaba el patio, y le dijo bruscamente:

—¡Hola! ¿con que has escrito una carta á cierta pensionista del colegio Papillon?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó Lorenzo, poniéndose pálido.

—No se habla de otra cosa en la ciudad; la señorita Papillon, la más vieja, está furiosa, porque, como puedes figurarte, á la tía Tannier la faltó tiempo para entregarla la misiva... ¡Ya estás aviado!

Lorenzo sintió que se le doblaban las rodillas, y un sudor frío le corría á todo lo largo del espinazo. Entró en clase descolorido, con la boca seca y la garganta apretada, como el reo que espera una sentencia condenatoria. Aquel día tocaba hablar de Demóstenes; cuando llegó la vez de su explicación,

oyóse de pronto en la escalera el paso tardó y pesado, harto conocido, del director. Lorenzo presintió que aquella visita no era ajena á su personalidad, y se le anudó la voz en la garganta.

Abrióse con rudo impulso la puerta, y el director, con la cabeza erguida y el ademán solemne, se adelantó hasta el centro del aula, al mismo tiempo que se ponían en pié el profesor y los alumnos.

—Señores—pricipió con voz lenta y grave el alto funcionario del colegio,—acaba de dárseme parte de un escándalo que ha conmovido justamente á la población entera; uno de los alumnos de esta casa ha tenido la impúdica osadía de dirigir una carta tan inconveniente como ridícula á cierta joven perteneciente á uno de los más respetables establecimientos de Juvigny. No ha vacilado en comprar los servicios de una mercenaria para introducir en el colegio á las señoritas Papillon esa carta insolente, aborto de una imaginación perversa y prematuramente corrompida. Es necesario que el culpable reciba el condigno castigo, y yo, por mi parte, no puedo tolerar por más tiempo la presencia de una oveja leprosa en medio de un rebaño confiado á mi custodia... ¡Alumno Husson, salid! Estais expulsado del colegio, y ahora mismo daré conocimiento de ello á vuestra familia.

Y con un ademán de indignación, el director señalaba á la puerta, que había quedado abierta de par en

par. Lorenzo, sin detenerse siquiera á recoger sus libros, se lanzó á la galería y desapareció.

Un cuarto de hora después, y sin darse siquiera cuenta de ello, se encontró sentado en la plataforma del antiguo castillo. Tal había sido el resultado de su calaverada: la pérfida frutera le había hecho traición; Valentina no había recibido su carta, él iba á servir de irrisión y chacota á toda la ciudad, y por contera, se veía expulsado del colegio.

¡Expulsado! Desarrollábase por entonces el período de reacción que siguió al golpe de Estado; la Universidad era combatida á sangre y fuego por los esblecimientos eclesiásticos, y Lorenzo comprendía perfectamente que no había piedad ni conmiseración para un alumno que venía con tal inoportunidad á servir de pretexto á las acusaciones de los enemigos de la enseñanza láica. ¿Qué iba á ser de él, ni cómo se atrevería á presentarse en su casa? ¿Con qué cara arrostraría los anatemas de la señorita Constanza, las lágrimas de su tía Sofía, y los coléricos arranques del señor Husson?

Y, sin embargo, era preciso volver, aunque no fuese más que por tranquilizar á la señorita Sofía, que necesariamente estaría en una ansiedad mortal hasta verle entrar en casa. A no ser por esta consideración, Lorenzo se habría escapado inmediatamente de Juvigny, aunque tuviese que pasar la noche en los bosques.

Tra una hora de meditación se decidió, juzgando

que valía más salir cuanto antes de aquella incertidumbre, y echó á andar sin vacilación hacia la panadería. El primer objeto con que tropezaron sus ojos, tan luego como traspasó los umbrales de la trastienda, fué su fementida carta verde-mar entre las manos del Sr. Husson, quien la leía en alta voz á las dos tías escandalizadas.

—¡Por fin habeis llegado!—dijo el panadero suspendiendo su lectura.—¿No os dá vergüenza presentarnos aquí, después de las villanías que habeis cometido, y después de haber sido arrojado del colegio como una fruta podrida?

Mordiéndose los pálidos labios y hundiendo las manos en lo más profundo de los bolsillos de su chaqueta, Lorenzo bajó los ojos y recibió en silencio este primer choque. Exasperado ante tal impasibilidad, Memmie Husson empezó á colmarle de ultrajes y de crueles sarcasmos, echándole en cara el pan que comía y el dinero que había sido preciso gastar para costearle los estudios en el colegio. ¡Vaya un dinero bien empleado! En lugar de arrojarlo así por las ventanas, hubiera sido mejor seguir sus consejos y meter al arrapiezo libertino á hacer su aprendizaje en casa de un tejedor ó de un cordeiro... Pero, no señor, se habían empeñado en hacer de él un caballereite, cerrando los ojos ante las perversas condiciones de aquel engendro de desdichas!

—¡Husson!—le interrumpió la pobre tía Sofía, lle-

nos de lágrimas los ojos.—¡Husson, detente, por Dios!

—¡Basta!—replicó el panadero—no necesito consejos de nadie, y diré todo cuanto me salga del pecho... ¡Y vos, vago, holgazán, escuchad!

Echó Lorenzo una mirada de soslayo al tío Husson, y le vió coger de encima del tablero de la chimenea un libro pequeño, de canto encarnado y azul.

—¿Veis este libro? es el Código, es la ley, que me dá sobre vos atribuciones y derechos que os daré á conocer con mucho gusto.

Abrió el libro por una página que había previamente registrado y leyó muy despacio, recalcando cada una de las palabras, esta parte del título *De la patria potestad*:

«Art. 375. El padre que tenga gravísimos motivos de descontento tocante á la conducta de su hijo, podrá acudir á los siguientes medios de corrección:

»Art. 377. Desde la edad de dieciseis años hasta la mayor edad, podrá el padre requerir la detención de su hijo, durante seis meses ó más, etc.»

Lorenzo, aterrado, volvió involuntariamente la cabeza, como para asegurarse de si había ya algun gendarme en la tienda.

—¿Lo entendéis?—prosiguió Husson.—Podría hacerlos encerrar en la carcel de la ciudad... Pero en tal caso, habría que mantenerlos, y yo no tengo el dinero para tirarlos á la calle.

Dejó el Código sobre la mesa, hizo una pausa como para prolongar la angustia del culpable, y prosiguió, adoptando un tonillo burlón flemático:

—Desde mañana temprano, entrareis como aprendiz en casa de Fleuriselle, el droguero de la calle de Entre Deux-Ponts, que consiente en recibirnos por la comida y la casa. Veremos si se os ocurre también algún medio para hacer que os despidan del establecimiento.

Lorenzo alzó la cabeza en ademán de protesta, pero una suplicante mirada de su tía Sofia le cerró los labios.

—Lo habeis oido bien, ¿no es cierto?—gritó el panadero.—Pues ahora á vuestro cuarto y no se sale de allí.

El desdichado mozalvete subió lentamente á su camaranchón, pero antes de haber pisado el último peldaño de la escalera, había tomado su resolución. ¡Antes morir como un perro, en el rincón de una calle, que soportar la afrenta de aquel aprendizaje en casa de un especiero! Asaltáronle de nuevo los pensamientos de una fuga, y con ellos el recuerdo de las últimas palabras que le había dirigido su padrino la noche del baile. Aquellas palabras se le habían quedado bien grabadas en la memoria y se las había repetido á sí mismo muchas veces, siempre que tenía que sufrir los malos tratamientos de Memmie Husson. ¿Por qué no ir á buscar á M. de Rosieres? Las Isletas

no distaban más que ocho leguas de Juvigny; el camino era llano, y todo ello era cuestión de una jornada ..

A las siete le llevó la tía Constanza la comida sin desplegar sus labios. Lorenzo tomó solamente una parte y envolvió el resto en un periódico. Llegó la noche, sonaron las nueve en el reloj de la torre, y á las diez oyó á Husson cerrar la tienda é irse á acostar en su alcoba situada cerca de la panadería; las tías subieron á sus habitaciones y quedó la casa sumergida en profundo silencio: sólo los grillos de la pieza donde estaba el horno continuaron velando y cantando.

Desde antes de amanecer había trazado Lorenzo apresuradamente con lápiz unas cuantas palabras para dar cuenta de su determinación á la señorita Sofía, suplicándola al propio tiempo que guardase secreto acerca de ello. A las dos, poco más ó menos de la madrugada, se descalzó, cogió su envoltorio, y bajó con mil precauciones los chillones peldaños de la escalera. Al llegar al primer piso, se detuvo ante la puerta de la señorita Sofía, introdujo por debajo el papeilito, envió un beso á su querida tía y prosiguió su descenso, haciendo una pausa en cada escalón. Una vez en el patio, aplicó el oído, y pudo convencerse de que Memmie Husson se hallaba profundamente dormido, porque se oían los ronquidos á través de las paredes.

No había que pensar en salir por la puerta de la

tienda, cuya campanilla hubiera alborotado toda la casa y puesto en alarma á sus moradores; así es que Lorenzo se introdujo sin ruido en la cochera, á cuyo extremo había una ventana cerrada por una falleba, que daba á la calle de los Judíos; entreabrió el viejo postigo cubierto de telaraña, hizo girar la enmohecida varilla de hierro, y de un salto se puso en la calle...

¡No pasaba por ella alma viviente! Sentóse en un escalón, se calzó, dirigió una mirada al cielo que centelleaba á través de los agudos caballetes de las casas, y dedicó un postrer recuerdo á su adorada Valentina, por quien se veía sujeto á aquella dura prueba. En seguida se encaminó con rápido paso á los arrabales y salió de la ciudad.

VI

Acababan de dar las ocho en el reloj de las Isletas, y en los salones de M. de Rosieres, en el Bois-des-Penses, disponíase el reloj de péndola con incrustaciones de cobre, contemporáneo del Rey Estanislao, á hacer eco por segunda vez á las ocho notas argentinas de la iglesia.

Habíase ocultado ya el sol tras los bosques, pero la

reverberación del crepúsculo vespertino alumbraba todavía con una luz mortecina los revestimientos del salón, en el cual oscuras fajas de nogal servían de marco á cacerías y paisajes pastoriles de Yard, pintor meusino, cuyos lienzos, subidos de color, adornan aún muchos viejos caserones del Barrois.

No lejos de las ventanas, sentados ante una mesa de chaqueteres, terminaban una partida M. de Rosieres y la propietaria de la fábrica de vidrios de las Petites Islettes, señorita Sebastiana de Fierbois.

Por las abiertas ventanas llegaban hasta el interior del salón los postreros rumores de la tarde, en tanto que los dos jugadores, con la cabeza inclinada sobre la mesa, agitaban los cubiletes y arrojaban los dados con un ruido seco.

La señorita de Fierbois era mujer robusta, de cincuenta y cinco años, constitución varonil, voz gruesa, acusadas facciones, espesas cejas y un ligero bigote en el labio superior. Sus cabellos grises, peinados con desorden, caían indistintamente en espesos mechones sobre su curtido cuello, y el vestido de lana, cortado por un patron algo anticuado, dibujaba francamente el sólido armazón de su ancho cuerpo, que parecía tallado con hacha, y el contorno de sus huesudos y largos brazos.

La señorita de Fierbois era lo que se llama una mujer; dirigía por sí propia la fábrica de vidrio; manejaba á sus operarios con la vista y con el gesto; se

levantaba al rayar el alba; vigilaba personalmente los cargamentos de leña en la época de las cortas, donde se la veía en todo tiempo con las faldas regazadas hasta la pantorrilla, y calzados los pies con gruesas botas de caza.

Siendo aún muy niña, había tenido al marqués en la pila bautismal, y desde entonces le consagró un cariño de hermana mayor, al que M. de Rosieres correspondía respetuosamente.

El marqués había envejecido, y ya no era aquel elegante y apuesto caballero del baile de trajes de Juvigny. Ocho años habían pasado desde aquella época, en que, como recordarán los lectores, frisaba ya M. de Rosieres en los cuarenta, y en este período de la vida, diez años más traen consigo un cambio notable. El marqués se había hecho casero y sedentario y tomado gusto á las maneras y costumbres de la vida campestre. Desligado ya de todo sentimiento de presunción, dejando crecer la barba, se acostaba temprano, dormía hasta saciarse y hacia cuatro comidas diarias. Con semejante régimen, habíase ensanchado su cintura, abultándose sus facciones, y tanto en las mejillas como en la nariz, de corte borbónico, veíanse serpentear esas venitas rojas, propias de los temperamentos sanguíneos, parecidas á las nervaduras ó filetes de las hojas de viña coloreadas de encarnado por el otoño.

—Ahijado, ¡has perdido la partida!—dijo la seño-

rita de Fierbois, cantando la última tirada de los dados.—¿Quieres el desquite?

M. de Rosieres arrojó despechado su cubilete sobre la mesa, y se levantó.

—¡No, por cierto! — exclamó. — ¡Váyase al diablo diablo el chaquete! No sé qué tengo en los dedos esta tarde ..

Dió dos ó tres paseos á lo largo del salón. Entretanto había anochecido por completo, y Ambrosina, la vieja ama de llaves, entró, trayendo la lámpara. El marqués la echó una reprimenda á propósito de la mecha que estaba carbonizada, y la despidió con un juramento.

—Paréceme, hijo mío—dijo la señorita Sebastiana, que había sacado de su ancho bolsillo una labor de punto y desenvolvía el ovillo de lana—que estás algo gruñón esta tarde. ¿Qué mala hierba has pisado?

—He estado en el Neufour, en casa de mi hermana de Brioules, y me ha exasperado la bilis con sus lamentaciones á propósito de su hijo Santa María.

—¡Ah, ya!—dijo la señorita de Fierbois, clavando en el pelo una aguja de hacer media.—¿Y qué es de ese muchacho?

—Está en vías de hacerse capuchino, si no se le vá á la mano—contestó M. de Rosieres, soltando de pronto las compuertas á su mal humor.—¿Háse visto otro tal caballero de la *triste figura*? En lugar de seguir

gallardamente su carrera de Derecho y tomar los tiempos como vienen, que es lo que á su edad corresponde, se descuelga escribiéndonos jeremiadas. El caballerito pretende que no está hecho para vivir en el mundo, y pide permiso para entrar en San Sulpicio... Con esto su madre se t congoja y me quiebra la cabeza con sus lamentos. La he contestado que todo lo que la está pasando lo tiene bien merecido, por haber educado á su hijo como un gallina. Ella lo ha tomado por donde quema, y nos hemos separado riñendo... Confesad, madrina, que esta clase de disgustos no los tiene nadie más que yo. No tengo más que un sobrino, no sueño más que en casarle y en que llegue á ser un día el báculo de mi vejez, y cádate que se le mete entre ceja y ceja echarse una sotana encima... Vamos á ver, ¿qué decis á esto?

—Pues digo—contestó la señorita Sebastiana—que la sotana tiene algo de bueno y que el chico hubiera podido hacer otra cosa peor.

—¡Qué!—exclamó el marqués, girando sobre los talones y yendo á plantarse delante de la vieja á manera de un signo de interrogación—¿Sostendreis que mi sobrino Santa María tiene una pizca de sentido común?

—Paréceme, querido, que vale más un buen sacerdote que un marido tonto, como se ven á docenas... Tu sobrino Santa María, pese á todo su talento, es un salvaje, desmañado, hurón y poco amable con las

mujeres; además tiene los hombros redondos y no es nada guapo...

—Convengo—repuso en tono de lástima el marqués—que no tiene nada de los Rosieres, sino que se parece á los Briouilles...

—Pues bien, querido mio—cuando se tiene una fama como la de tu sobrino, se corren serios peligros en el matrimonio, y Santa María dá pruebas de ser un chico sensato queriendo meterse en un convento.

—¡Voto á bríos!—exclamó M. de Rosieres—con ese lindo modo de discurrir, mi patrimonio pasará á formar parte de los bienes del clero y servirá para dotar una congregación. ¿Os parece bonita la cosa? — ¡Preferiría legar mi fortuna á una casa de expósitos!

—¡Serás castigado por donde pecaste, libertino!... No sucedería nada de esto, si en vez de pasar tu juventud corriendo la gandaya, hubieras tomado una buena esposa y creado una genealogía de Rosieritos robustos, fornidos y rebosando salud.

—Pues ¡vive Dios! madrina, ya que tan bien predicáis, ¿por qué no os habeis casado?

—¡Oh! en cuanto á mí, ya es diferente—dijo con un suspiro la vieja;—huérfana con tres hermanos pequeños, á los cuales era preciso alimentar, ni rica ni hermosa, no era yo á fé mía bocado apetitoso... Por otra parte, no me acordaba siquiera del matrimonio cuando andaba luchando en la fábrica de vidrios para pa-

gar los gastos de educación de mis chiquitines! Pero tú que no podías alegar semejantes motivos, has derrochado tu juventud y ahora te comes los puños de despecho.

—¡Hum!—exclamó el marqués, tomando asiento frente á su vecina.—Algo hay de verdad en eso... Pero, ya se vé, cuando uno es joven se figura que aquella edad no acabará nunca, que no llegará á encanecer el cabello, que las mujeres le amarán á uno indefinidamente... ¡Ah! ¡si las cosas se hicieran dos veces!..

M. de Rosieres se calló de repente. Con los codos apoyados en los brazos del sillón, é inclinada hacia adelante la cabeza, tenía fija la distraída mirada en el hueco de la ventana, cual si viese desfilas ante él todas las locuras y caprichos de su juventud.

Había llegado á ese periodo de la existencia en que principia á notarse que la vejez se acerca y en que las chicas bonitas dejan ya de volver la cabeza cuando se pasa por su lado, y pensaba, no sin tristeza, que otros recién llegados, bullidores, alegres, gentiles y elegantes, habían ocupado su puesto en el banquete de los placeres. Ahora se le dejaba morir de frio á la puerta, sin que los comensales se preocupasen más de él que de cualquier perdidioso que ronda delante de las ventanas atisbando el sucinto plato de faisán...

El silencio del salón era interrumpido por el tric-

trac de las agujas de la señorita Sebastiana, el pesado vuelo de algunos lepidópteros nocturnos en derredor de la lámpara y el sordo y acompasado ruido del torno de Ambrosina, que después de haber guardado la vajilla, se había puesto á hilar en la antecámara.

De cuando en cuando, las frescas ráfagas del viento traían juntamente con los aromas primaverales, los gorjeos de los ruiseñores, que festejaban á su modo sus breves horas de juventud. M. de Rosières les oía suspirando y, acaso por vez primera, aquel hombre alegre y despreocupado, positivista y poco tentado del idealismo, sentíase arrastrado por una corriente elegiaca.

Pero aquel estado de ánimo fué de corta duración, porque el marqués no era hombre dispuesto á dejarse zambullir en las aguas muertas de la melancolía; su aturdido carácter se sobrepuso á todo, empezó á abanicarse, como si quisiera ahuyentar la vaga tristeza que le envolvía y haciendo castañetear los dedos, dijo:

—¡Bah! ya sabeis, madrina, que no era la fidelidad mi virtud predilecta, y por consiguiente, hubiera hecho un marido deplorable... ¡No hablemos más de ello! Prefiero reanudar la partida de chaquete... ¿Me dais el desquite?

—Con mucho gusto—contestó la señorita Sebastiana, dejando á un lado su labor.

Volvieron á sentarse á la mesa de juego y tornaron á rodar los dados sobre el antiguo tablero de ébano con incrustaciones de marfil.

—¡Dos!—cantó la señorita de Fierbois—¡dos ases!

—¡Buen golpe!—contestó el marqués — *Ambes as!* (1) *in primis est signum perditionis...* Pero, ahora recuerdo, madrina, que no sabeis latín.

Al terminar esta frase, sonó en la puerta del patio un tímido campanillazo y empezaron á ladrar los perros desde su caseta.

—¡Hola!—dijo el marqués—parece que llaman.

Y añadió, abriendo la puerta del salón:

—Ambrosina, anda á ver qué visita nos llega.

En tanto que los perros seguían ladrando á más y mejor, la señorita Sebastiana había de jado el cubilete y el marqués se puso á pasear de arriba abajo por el salón. Al cabo de dos minutos, se dejó oír en el centro del patio la voz de faldete de Ambrosina.

—Señor,—decía—es un joven que desea hablaros.

—Pues ha escogido buena hora para ello—murmuró el marqués.

Y sacando la cabeza fuera de la ventana, gritó:

—¿Quién es?

A esta pregunta contestó desde el fondo del patio, totalmente á oscuras, una voz juvenil pero algo turbada:

—¡Soy yo, padrino!

(1) Dos ases.

—¡Eh!... ¿Quién eres tú?

—Lorenzo Husson.

M. de Rosieres se sobresaltó y quedóse con la boca abierta.

—Hacedle subir, Ambrosina — replicó con acento más dulce.

La señorita de Fierbois se había puesto en pié y miraba con ojos muy abiertos á M. de Rosieres, que había vuelto á emprender su paseo para disimular su turbación.

—¿De modo que tienes también un ahijado?—le dijo.—¡Vaya una novedad!

El marqués no contestó y, sin aflojar el paso, daba resoplidos como un caballo nervioso.

Momentos después se abrió la puerta, y Ambrosina empujó hacia el salón al pobre Lorenzo, que no estaba muy sereno que digamos y estrujaba inconscientemente entre sus manos el sombrero de fieltro. Las ocho leguas que había andado habían puesto su equipo en el estado más lastimoso; traía los zapatos llenos de lodo, y el traje blanqueaba con el polvo del camino; parecía agobiado de fatiga y sus pálidos labios revelaban cansancio é inquietud. Sin embargo, bajo la capa de polvo que le cubría no presentaba del todo mal aspecto, y sus rasgados y lípidos ojos despedían un brillo que hacía olvidar el desorden de su traje.

La señorita de Fierbois, que le examinaba con

atención, no pudo menos de decir en alta voz á M. de Rosieres:

—¡Es un guapo muchacho! .. Se parece á tí cuando tenías su edad.

Lorenzo miró con sorpresa á aquella fornida persona, cuyo aspecto varonil así como el bigote, le hicieron acordarse de su tía Constanza; pero había tal expresión de bondad en los grandes ojos de la señorita Sebastiana, que se tranquilizó inmediatamente.

Cuando se hubo alejado Ambrosina, se armó Lorenzo de todo su valor, y dirigiéndose á M. de Rosieres, que le contemplaba sin desplegar los labios:

—Soy yo, padrino mio—repitió;—yo, que he venido á buscaros, porque ya no podía permanecer en nuestra casa, donde me maltrataban.

—¡Te maltrataban!—exclamó al fin el marqués.—¿Supongo que no hablarás de tu tía Sofia?

—¡Oh! no; esa ha sido siempre buena para mí—exclamó Lorenzo, prorrumpiendo de pronto en sollozos.—Era mi madre...

El marqués ahogó á medias un terrible juramento en tanto que la señorita Sebastiana hacía sentar á Lorenzo en una butaca y le daba cariñosos golpecitos en la mejilla para tranquilizarle.

—¿Y te has acordado de mí espontáneamente?—prosiguió M. de Rosieres.—Sin embargo, no me habías vuelto á ver desde...

—¡Desde el baile de la prefectura!—exclamó Lo-

renzo—pero no os había olvidado; me acordaba de lo que me dijisteis, y pensaba en vos muy á menudo.

—¡Ya, ya!—dijo el marqués visiblemente satisfecho.—¿Y has venido á verme lleno de confianza?

—Sí... Tal vez he cometido un gran atrevimiento; pero tenía la esperanza de que me recibiríais con benevolencia y me daríais un buen consejo.

—¿Y si no me hubiéras encontrado ó yo me hubiera negado á recibirte?

—Me hubiera vuelto lo mismo que he venido.

—Y sepamos, ¿cómo has venido?

—A pié, preguntando en cada pueblo cuál era el camino.

—¡A pié, ocho leguas!—exclamó la señorita de Fierbois—¡Buenas piernas tienes!... ¿Y probablemente habrás comido con el pensamiento? Segura estoy de que se muere de hambre, en tanto que tú le abrumas á preguntas... ¡Así sois los hombres! Manda que le den de comer, que tiempo tendrás luego para examinarle.

—¡Ambrosina!—gritó el marqués con voz estentórea—un cubierto, jamón, ave; trae cuanto encuentres en la despensa... ¡Vamos, pronto!

Avergonzado de que no se le hubiese ocurrido á él tan luminosa idea, M. de Rosieres corrió en persona á la cocina y no tardó en volver, trayendo consigo un pastel apenas empezado, un pan y una botella de Burdeos. Una vez dispuesto el servicio en el velador,

puso el marqués un buen trozo de pastel en el plato de su ahijado, en tanto que la señorita Sebastiana escanciaba el vino.

—Ahora, á la mesa, hijo mio—le dijo M. de Rosieres—que yo cuidaré de servirte.

En verdad que ya era tiempo, porque Lorenzo, que no había comido en toda la jornada más que el pedazo de pan que sacó de la panadería, empezaba á desfallecer en su asiento. No es, pues, de extrañar que con su apetito de los diecisiete años diese en breve buena cuenta del trozo de pastel. M. de Rosieres y la señorita Sebastiana, cada cual desde un lado del velador, veían sonriendo desaparecer los bocados en un abrir y cerrar de ojos y congratulábanse los dos viejos célibes de mimar y servir á aquel adolescente.

—De manera—prosiguió el marqués, llenando por su parte el vaso de Lorenzo—que te has largado de Juvigny sin decir ¡ahí queda eso?... Me hubiera gustado ver la cara que pondría el panadero al saber que su pájaro había volado... ¿Y por qué te maltrataba ese mozo de pala con cara de cuaresma?

—Porque me habían expulsado del colegio.

—¡Diablo!... ¡expulsado!... ¿Habráis hecho alguna travesura gorda, silbado á algun profesor ó cascado la liendre á algun pasante, ¿no es verdad, muchacho?

—No—contestó Lorenzo, poniéndose colorado—no fué por nada de eso...

—¡Diantre!—exclamó M. de Rosieres, frunciendo el

ceño,—¿pues por qué entónces?... Confíesalo sin vacilar. Puesto que vienes á mi casa, preciso es que sepa yo á qué atenerme tocante á tu conducta y honradez.

—¡Oh!—contestó Lorenzo, herido en su amor propio—no he cometido ninguna acción deshonorosa... pero, no sé cómo decirlo... — Y se puso todavía más encarnado.

—¡Vamos— prosiguió el marqués — ¡nada de falsa vergüenza!... Mira, ahí va ese alón para que cobres ánimo.

—¡Poco á poco!—exclamó la señorita Sebastiana—no vayas ahora á atiforrarle, después de hacerle ayunar... Vaya, hijo mio, bebe y sosiégate. ¿Es acaso algun secreto de Estado tu aventura?

—No es ningun secreto—contestó Lorenzo, á quien el vinillo de Burdeos empezaba á animar y fortalecer —pero...

Se enderezó con ademán de dignidad, y añadió en tono muy serio:

—No quisiera, por mi indiscreción, comprometer á una persona que se encuentra, sin saberlo, mezclada en el asunto... una joven que..

—¡Hola! ¡hola! — le interrumpió le señorita Sebastiana, levantando ante él un dedo con aire amenazador.—Mírame frente á frente... ¿Qué apostamos á que hay algun amorcillo en tu historia?

—Pues bien, sí—dijo en voz baja Lorenzo, rojo como una amapola.

Y con los ojos bajos, sin detenerse para tomar aliento, refirió brevemente la aventura de la carta dirigida á la pensionista de las señoritas Papillon.

El marqués se restregaba las manos y se desternillaba de risa.

—¡Ah! ¡bravo chico!—exclamó levantándose.

—¿Y por eso te han expulsado esos pedantes? Yo, por mi parte, te hubiera adjudicado una nota de sobresaliente...

—¡Te quieres callar, libertino! — le dijo la señorita Sebastiana, dándole un pellizo en el brazo.—¡Vaya unas máximas!

Llevóse á un lado á M. de Rosieres y añadió:

—¡Te parece si es precoz tu ahijado! ¡Se conoce que sigue tus huellas, tunante!

—Por eso, precisamente, me gusta — respondió M de Rosieres, apoyándose de codos en la ventana. — ¡Si al menos se pareciera á él el lloricón de mi sobrino! Pero, cá, ¡si ese Santa Maria tiene en las venas agua bendita en lugar de sangre ..

—¡Calla, volteriano! —le interrumpió la señorita Sebastiana, escandalizada.

Durante este tiempo, el húmedo calorcillo del Burdeos y el extremado cansancio habían blandamente adormecido á Lorenzo, cuya pesada cabeza se había ido dejando caer hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo del sillón. Las largas pestañas caidas proyectaban su sombra en las sonrosadas mejillas, y los entre-

abiertos labios dejaban entrever sus finos y blancos dientes.

—¡Cállate! se ha dormido, — dijo en voz baja el marqués, volviendo hacia el velador la cabeza.

—Es lindo como un ángel el chiquillo, — dijo la señorita Sebastiana, con acento de franca admiración.

—¿Qué vamos á hacer con él? — preguntó el marqués que se había puesto algo pensativo.

—Por el momento lo que hay que hacer, sin ningún género de duda, es meterle en la cama — contestó la señorita Fierbois.

—Teneis mucha razón, madrina; voy á decir á Ambrosina que le disponga la cama en el gabinete azul...

M. de Rosieres salió del salón andando de puntillas para no hacer ruido. Volvió cuando ya estaba preparada la cama, y el marqués y la señorita Sebastiana concertaron, para no tener que despertar á Lorenzo, trasportarle á brazo entre los dos, sin moverle del sillón. A la primera sacudida, entreabrió los ojos el jovenzuelo, vió de una manera vaga, al resplandor de la lámpara, los rostros sonrientes de su padrino y de la vieja, murmuró una ó dos palabras inarticuladas, y dejó otra vez caer sobre el hombro la soñolienta cabeza.

Una vez instalado en el gabinete azul, la señorita de Fierbois dejó á M. de Rosieres ocupado en desnudar á su ahijado, se echó sobre la cabeza su capucha encendió la linterna, tomó en la antesala el palo de

acebo que la servía de bastón, y se encaminó sola á la fábrica de vidrios de Petites-Isletes.

VII

El siguiente día por la mañana, en tanto que Lorenzo dormía á pierna suelta en la gran cama de columnas del gabinete azul, M. de Rosieres, con la cabeza alta y las manos en los bolsillos, medía á grandes pasos la glorietta, meditando en el incidente de la víspera.

Aquel ahijado que le caía de las nubes ibá perturbar en gran manera la plácida quietud de su existencia celibataria. Por de pronto, tenía por seguro que la hermana del marqués, Mme. de Breuilles, exclusivamente preocupada de los intereses de su hijo Santa María, había de ver con muy malos ojos la intrusión de aquel joven huésped en la casa del Boisd-Penses. En segundo lugar, había que contar con los Husson, pues por más que Lorenzo no tuviera motivos para estar satisfecho del panadero, era todavía menor de edad; no podía ser arrancado de su familia sin obtener el previo consentimiento de Memmie Husson y para ello era preciso entablar con este último una correspondencia desagradable.

No era esto todo: aun suponiendo que el panadero